

## Joaquín Costa y las supercherías sobre la España antigua

GUILLERMO FATÁS CABEZA<sup>1</sup>

Joaquín Costa admiró a los historiadores de la antigüedad más destacados de su época, tanto españoles como extranjeros. La historia antigua de España le interesó como sustrato originario de la España de su tiempo y en algunos de sus escritos atacó con dureza a quienes la habían falsificado de forma consciente, así como a quienes, por comodidad o actitud acrítica, habían propagado sus fábulas. En uno de sus trabajos, editado en 1879, dedicó párrafos de indignación a una serie de escritores y de asuntos que enumera sin explicaciones entre merecidas descalificaciones. El presente escrito encuadra a Costa en el momento historiográfico y explica con algún detalle quiénes eran los autores a quienes desautorizó de forma tan justa como airada. Abundan entre ellos los clérigos, que dirigían gran parte de sus falsificaciones a afianzar el improbable origen bíblico y apostólico, respectivamente, de los españoles y del cristianismo hispano.

Joaquín Costa admired the outstanding contemporary historians of antiquity, Spaniards and foreigners alike. He was interested in the ancient history of Spain as a way to provide insight into its modern period. In some of his writings he harshly attacked those who had knowingly falsified Spanish history, and who, due to vested interests or an uncritical attitude, spread this tall tales about it. In one of his works, published in 1879, he wrote well deserved and angry tirades against a list of writers and topics, but without providing any explanation. This paper places Costa at this historiographical time and provides some detail about those authors that he disavowed in such a righteous but angry way. Among those indicted were many priests who hoped to use their falsehoods to consolidate the unlikely biblical and apostolic origins of the Spanish people and Hispanic Christianity, respectively.

En la presente intervención pondré de manifiesto cómo en 1879 Costa se había propuesto dar luz nueva a la antigüedad española, objetivo que no alcanzó, pero en cuya consecución gastó muchos esfuerzos y escribió con abundancia. El sabio aragonés, con motivo, encontraba la historia antigua de Hispania sumida en leyendas inaceptables y en fabulaciones ridículas, principalmente religiosas. En su época todavía se aunaban fuertemente el prurito de dotar a la nación de unos orígenes de máxima prestancia (esto es, de remontarlos al propio Noé, padre de la humanidad renacida tras el Diluvio) y el anhelo de demostrar la precocidad del cristianismo hispano, que, en paralelo con la estirpe noética, lo llevasen a la generación apostólica, más el

---

1 Grupo Hiberus. Universidad de Zaragoza. gfatás@unizar.es. El autor agradece mucho a Concha García y a Ana Mateo su ayuda en la depuración de este texto.

añadido, tras la muerte y resurrección de Jesús, de la presencia física de María, su madre. En el fondo, se trataba de probar que España era una nación predilecta de Dios, quien, como Yahvé a Israel, le había suministrado abundantes muestras de preferencia y encomendado misiones de trascendencia universal, como la defensa y la extensión de la religión verdadera, el cristianismo católico, frente a todos los demás sistemas de creencias, cristianos y no cristianos.

El proceso fabulador, lentamente fraguado, se desarrolló recurriendo sin ningún rebozo a procedimientos que la razón y el saber positivo no podían rechazar: textos y documentos, epígrafes y restos arqueológicos, cuyos contenidos no dependían de la fe en los textos sagrados. Tomó todo mucho vuelo en el siglo XVI, se amplió en el XVII y sobrevivió con fortaleza a las reacciones críticas, que siempre existieron y que en el XVIII aumentaron. Quedó probada para unos pocos críticos la condición intelectualmente burda, y aun zafia, de muchas de esas supercherías. Así y todo, en muchos ámbitos letrados, en gran parte de la aristocracia titulada, incluida la Corona, y, por descontado, en la creencia popular, las leyendas y las invenciones habían tomado carta de naturaleza como hechos realmente acontecidos. Eso fue así de tal modo que hoy todavía son muy cuantiosas las mentiras, urdidas demostrablemente por autores desaprensivos o mitómanos, que operan socialmente como verdades.

Costa aseguraba, con sólido fundamento nacido de sus lecturas, que el saber de su tiempo disponía ya de métodos y técnicas que permitían hacer hablar con verdad a muchos restos antiguos que, hasta hacía poco, resultaban herméticos, y por lo tanto inútiles como fuentes históricas. Monedas, inscripciones y restos arqueológicos, sumados a estudios comparados de lingüística, etnología, mitología y otras disciplinas, dotaban a la historia de conceptos y utensilios capaces de alumbrar la oscuridad, hasta entonces tan densa y, por eso, susceptible de ilusionismos. La geología, la lingüística, la prehistoria y la arqueología científica, unidas a las disciplinas más tradicionales, reclamaban su turno en la tarea de esclarecer los tiempos más remotos de la historia humana, y Costa era decidido partidario de emprenderla en España y se quejaba de que el siglo XIX, que era el suyo, y un tiempo de progreso, renunciase a tan atractiva posibilidad.

## LA HISTORIA EN EL TIEMPO DE COSTA

Joaquín Costa fue un historiador fértil pero irregular y, como en otras facetas de su vida, podríamos decir que atormentado y tormentoso a un tiempo. Los historiadores que estudian a sus colegas del pasado son a menudo poco misericordiosos con los fallos de cualquier clase que advierten en ellos. Costa incurrió en muchos, pero enjuiciar su alcance exige poner las cosas en su contexto o, al menos, intentarlo. Cuando estudió la historia antigua de España, de Iberia (término que empleaba con intención inclusiva de lo portugués, muy de su aprecio), Costa incurrió en yerros abundantes a causa de su desbordante ambición: quiso hacerlo todo, enseguida y de forma resolutiva. Era una peculiaridad de su temperamento, un rasgo personal que el carácter de Costa, forjado en abundantes tribulaciones y fracasos, acentuó en vez de mitigar.

Debe tenerse en cuenta, para enjuiciar esta actitud impaciente de querer resolver enseguida y totalmente incógnitas persistentes y difíciles del pasado ibérico y español, que había en el ambiente de la época una especie de comezón descubridora: el mundo occidental, a través de

los trabajos arqueológicos de las grandes potencias coloniales europeas en Mesopotamia, Turquía y Egipto, descubrió en un tiempo relativamente corto la existencia de una antigüedad que se había borrado de la memoria humana y que, a partir de entonces, se volvió tangible y visible.

En 1834, Charles Texier descubrió Hatusa, la capital del olvidado Imperio hitita, en la localidad turca de Bogazkoy. Publicó su descripción en 1849 (Costa nació en 1846), pero, si bien reconoció en su hallazgo el vestigio de una civilización extinguida, no pudo atribuirle identidad concreta, lo que no se hizo hasta 1880, cuando Costa, que se informaba sobre arqueología de forma regular y en buenas fuentes, tenía veinticuatro años. Con más fortuna, al año de nacer el sabio aragonés, el inglés (no francés como se lee a veces, si bien nacido en París) Austen H. Layard daba con las ruinas de Nínive, un hecho revolucionario que, en cierto modo, marcó la época e implicó enseguida un fuerte impulso de revisión (en todos los sentidos del término) de los textos bíblicos: la asombrosa Nínive, epónima del cautiverio judío, sería el prólogo al hallazgo de la torre de Babel/Babilonia (Robert Koldewey, 1900) y al de la ciudad antediluviana de Ur, desde la que Abraham iniciaría, según el Génesis, el largo periplo gestador de Israel (Leonard Woolley, 1922-1924), a la vez que el mundo se asombraba ante la tumba intacta de Tutankamón (Howard Carter, 1922). De Nínive y su fantástica biblioteca regia saldrían, entre otras cosas, evidencias tan trastornadoras como que el relato del diluvio universal era, en la versión sumeria recogida por los asirios, mucho más antiguo que el bíblico de Noé.

Más cerca, en Anatolia y Europa, entre 1870 y 1875, Heinrich Schliemann encontraba Micenas después de haber localizado Troya, y así daba carta de naturaleza histórica a los lugares de la *Ilíada*, antes de que Victor Bérard lo hiciera con los paisajes mediterráneos de la *Odisea* a partir de 1902. En ese clima, y falto por completo de medios materiales, Costa asumió el proporcionalmente desmesurado empeño de reconstruir, a partir de toda clase de fuentes a su alcance, la realidad del mítico reino de Tarteso (el alemán Adolf Schulten lo haría también, y sin éxito, en 1919).

Aun sin lograrlo ni medianamente, y no obstante incurrir en errores, a causa sobre todo de que su vehemencia se sobreponía a los requerimientos de un método seguro, estuvo muy lejos de fantasiosos que ganaron fama, como el arquetípico Ignatius Donnelly, un político norteamericano cuyas ficciones desmedidas sobre la Atlántida, escritas en 1882, se han venido parafraseando, e incluso reeditando, con éxito hasta ahora, por lo menos hasta 1976.

## MITOS ARRAIGADOS, HISTORIA HERRUMBROSA

Junto a las posturas principalmente objetivadoras, surgieron y se confrontaron duramente, como sucede hoy (y a menudo sobre asuntos idénticos: el creacionismo y las hipótesis del *diseño inteligente* no son ajenas a esta vieja pugna), posiciones fuertemente ideologizadas por las creencias religiosas, nacionalistas y racistas. Costa era nacionalista y anticlerical en cierto grado, aunque no antirreligioso. Lo escandaloso, en su caso, era que, de forma indirecta, pero clara, no tomase *ad pedem litterae* las afirmaciones del Pentateuco sobre los primeros días de la humanidad ante- y posdiluviana y, en consecuencia, acarrearase ese descreimiento racionalista a los orígenes del poblamiento y, más tarde, del cristianismo en Iberia.

El tubalismo era una vieja doctrina de la ortodoxia que hacía a los hispanos descendientes directos de Noé a través de su nieto Túbal, hijo de Jafet. Aunque herrumbroso, se mantenía pujante entre los integristas hispanos y, en particular, entre los vascos: parte de los desvaríos más iletrados de Sabino Policarpo Arana Goiri, el fundador del Partido Nacionalista Vasco, tienen esta raíz. Su arraigo venía de lejos, pues era la doctrina dominante al menos desde Isidoro de Sevilla, reafirmada por el padre Mariana, y lo ha sido hasta hace no tanto: en mis años infantiles aprendí de memoria cómo “los primeros pobladores de España fueron Túbal y Tarsis, descendientes de Noé”. Otro gran asunto *nacional* implicado, y del que Costa era muy consciente (aunque eludió acometerlo frontalmente), fue el origen jacobeo y mariano del cristianismo en Hispania.

El valor de su actitud es más claro si se tienen presentes hechos contemporáneos de su combate. Citaré uno particular porque creo que, *hic et nunc*, es muy expresivo. Se refiere a un predecesor mío en la enseñanza de Historia Antigua en la Universidad de Zaragoza y en la misma facultad en la que yo he pasado mi vida.

Este colega escribió en 1876 (cuando Costa llegaba a la treintena) un *Manual de historia universal [...] Parte primera. Historia antigua (5000 a. de C. – 476 d. de C.)*.<sup>2</sup>

No había lugar para la duda en cuanto a la actualización de los datos y las doctrinas recogidos en la obra por el laborioso profesor Puente:

He refundido completamente la Época segunda, tomando en cuenta los descubrimientos y lecciones más acreditadas de los egipólogos y asiriólogos contemporáneos, y ajustando mi texto enteramente al modo con que hoy no puede ya menos de enseñarse la historia de los pueblos orientales. En esta parte creo que soy el primero que ha introducido esta imprescindible innovación en los libros de enseñanza de historia, de la índole y extensión del mío, publicados en España.

Pero, tras ponderar esta preocupación suya por actualizar conocimientos, llegaban las sorpresas en forma de un programa, anunciado al inicio de su libro, con breves y sustanciosas glosas, que no se despegaba un adarme de la ranciedad más ortodoxa y polvorienta.

Así, en la página 10 de su libro, la Edad Antigua, que podría presentarse bajo la nueva luz avistada por Puente, empieza como siempre había empezado: “Primer Periodo: Época genesiaca [del Génesis], desde la creación hasta la dispersión del género humano (4006-2250)”. Y en la página 11 continúa:

Lección II [...]. Los dos hijos de Adán y Eva, Caín y Abel. Asesinato de este por su hermano. Generación de los hijos de Dios o sea la descendencia de Seth, tercer hijo de Adán; y generación de los hijos de los hombres, o sea la descendencia de Caín. De la primera descienden los patriarcas Henoch, Mathusalem, Lamech y Noé; de la segunda los poderosos edificadores de ciudades, entregados al exclusivo culto de la civilización material.

---

2 El título completo, muy a la antigua, es *Manual de historia universal escrito para servir de texto en la explicación [sic] de esta asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras por el Dr. D. José Puente y Villanúa, catedrático numerario de la misma Facultad en la Universidad de Zaragoza. Parte primera. Historia antigua (5000 a. de C. – 476 d. de C.)*, Zaragoza, Imprenta de Manuel Solá, 1876 (“segunda edición enteramente refundida”).

El resto es de este tenor, y eso era lo que aprendían los universitarios en nuestros lares, sin que su profesor se plantease siquiera por qué los patriarcas eran tan longevos o cómo era posible construir “por disposición divina una arca de madera, dentro de la cual había colocado Noé también una pareja de cada clase de animales” (que, por lo demás, no es exactamente lo que dice la Biblia, que propone una solución aún más difícil a la preservación de las especies).

Puente afirma que los descendientes de Jafet (los *jafétidas*), el tercer hijo de Noé, “se desparraman por la mayor parte del globo” y asegura que son “los padres de todos los pueblos de Europa, de la mayor parte de los del Asia, de la Oceanía y la América”. De paso, dice que en el Génesis, capítulo 10, “se encuentra la filiación de todas estas razas, que componen la división física de la especie humana, llamada caucásica”, y se enfrenta con el problema de que el libro atribuido a Moisés no menciona las razas que llama *amarilla, roja y negra*, que pueden proceder de hijos posdiluvianos de Noé o de “algunas familias que se alejaron del centro común antes del suceso de la Torre [de Babel y la confusión de las lenguas]”. En todo caso, “de ningún modo significa que Moisés no la considerara [la raza negra] procedente de Adán”.

El problema de fondo era que el primer libro de la Biblia en modo alguno podía errar en materia histórica:

El relato del Génesis acerca del origen del mundo y del hombre es auténtico e irrefutable [...]. El Pentateuco, además de libro divino y canónico [Puente, al llamarlo *libro*, pasaba por alto lo que significa literalmente *penta-teuco*, de πέντε y τεύχος], es el monumento histórico humano más antiguo: su forma actual data, cuando menos, desde el cisma de Jeroboam (976 años a. de C.): cuenta, por consiguiente, 33 siglos de fecha, y es muy anterior a todos los más remotos monumentos conocidos de la historia profana.

Puente sostenía que la creación del mundo y la historia de Moisés eran sucesos cercanos, incluso *muy* cercanos:

La tradición verdadera acerca de los orígenes era para Moisés cosa muy reciente; pues a causa de la longevidad de los primeros hombres, Moisés estaba separado de la creación del mundo por una corta cadena de intermediarios: él nació a poco de morir Abraham, este al morir Noé, el cual vivió muchos años en compañía de Matusalem y Lamech, contemporáneos de Adán.

Para valorar adecuadamente el acaloramiento casi atropellado de Costa que me propongo comentar, conviene conocer que en las aulas de la universidad española lo normal era estudiar, en la mayoría de los cursos de Historia, que el hombre había aprendido a hablar directamente de Dios, de forma que el lenguaje “no es invención humana”. El mundo, desde su creación hasta Jesucristo, no podía tener “más de 7000 años, ni menos de 3600”, cosa que, como indirectamente afirmada por Moisés en sus cuentas genealógicas del Génesis, no había podido, además, “ser desmentida por la ciencia moderna ni antigua”. Era seguro que las ciencias, en el futuro, llegarían a averiguar que los cálculos basados en la Biblia eran certeros, puesto que, “entre la ciencia verdadera y la Revelación, no puede haber contradicción real y positiva”.

Eso situaba a los estudiantes españoles (aunque no solo a ellos) a la altura de los conocimientos del siglo XVII en materia de prehistoria y antigüedad, de forma que, mejor que atender a

los sabios contemporáneos, les era de más provecho escolar, a efectos de graduarse, seguir los laboriosos cálculos del obispo James Ussher, que concluyó de manera muy bien argumentada que el día de la creación del mundo fue el domingo 23 de octubre de 4004 a. de C. A partir de ahí, dedujo que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso menos de tres semanas más tarde, el lunes 10 de noviembre de ese mismo año. Por igual procedimiento estableció con gran probabilidad que el arca de Noé varó en el monte Ararat el 5 de mayo de 2348 a. de C. Y fue miércoles.<sup>3</sup>

## DEFENSA ARDOROSA DEL SABER POSITIVO

Aunque fuera mucho pedir algún eco de Darwin (*El origen de las especies* se editó en 1859), tampoco lo había de los geólogos o los naturalistas que rastreaban al hombre fósil: ¿hombres, en sentido propio, contemporáneos del mamut o del rinoceronte lanudo, con el trasfondo revolucionario que suponía admitir tal cosa? No había que esperar a 1879, año en que Marcelino Sanz de Sautuola encontró los polícromos de Altamira, publicados al año siguiente, en los que nadie creyó durante largo tiempo, atribuyéndolos a una impostura.

---

3 James Ussher (1581-1656) fue arzobispo de Armagh, primado de Irlanda y vicescanciller del Trinity College de Dublín. A menudo es citado de segunda y tercera mano y omitiendo sus alusiones a Escalígero y al sistema llamado *del día juliano*, aún en uso. Reproduzco aquí el texto a que me refiero, de sus *The Annals of the World*, iv, 1658: "For as much as our Christian epoch falls many ages after the beginning of the world, and the number of years before that backward is not only more troublesome, but (unless greater care be taken) more lyable to error; also it hath pleased our modern chronologers, to adde to that generally received hypothesis (which asserted the Julian years, with their three cycles by a certain mathematical prolepsis, to have run down to the very beginning of the world) an artificial epoch, framed out of three cycles multiplied in themselves; for the Solar Cycle being multiplied by the Lunar, or the number of 28 by 19, produces the great Paschal Cycle of 532 years, and that again multiplied by fifteen, the number of the indiction, there arises the period of 7980 years, which was first (if I mistake not) observed by Robert Lotharing, Bishop of Hereford, in our island of Britain, and 500 years after by Joseph Scaliger fitted for chronological uses, and called by the name of the Julian Period, because it contained a cycle of so many Julian years. Now if the series of the three minor cycles be from this present year extended backward unto precedent times, the 4713 years before the beginning of our Christian account will be found to be that year into which the first year of the indiction, the first of the Lunar Cycle, and the first of the Solar will fall. Having placed there fore the heads of this period in the kalends of January in that proleptick year, the first of our Christian vulgar account must be reckoned the 4714 of the Julian Period, which, being divided by 15.19.28. will present us with the 4 Roman indiction, the 2 Lunar Cycle, and the 10 Solar, which are the principal characters of that year.

"We find moreover that the year of our fore-fathers, and the years of the ancient Egyptians and Hebrews were of the same quantity with the Julian, consisting of twelve equal moneths, every of them containing 30 days, (for it cannot be proved that the Hebrews did use lunar moneths before the Babylonian Captivity) adjoining to the end of the twelfth moneth, the addition of five dayes, and every four year six. And I have observed by the continued succession of these years, as they are delivered in holy writ, that the end of the great Nebuchadnezers and the beginning of Evilmerodachs (his sons) reign, fell out in the 3442 year of the world, but by collation of Chaldean history and the astronomical cannon, it fell out in the 186 year of Nabonasar, and, as by certain connexion, it must follow in the 562 year before the Christian account, and of the Julian Period, the 4152, and from thence I gathered the creation of the world did fall out upon the 710 year of the Julian Period, by placing its beginning in autumn: but for as much as the first day of the world began with the evening of the first day of the week, I have observed that the Sunday, which in the year 710 aforesaid came nearest the Autumnal Equinox, by astronomical tables (notwithstanding the stay of the sun in the dayes of Joshua, and the going back of it in the dayes of Ezekiah) happened upon the 23 day of the Julian October; from thence concluded that from the evening preceding that first day of the Julian year, both the first day of the creation and the first motion of time are to be deduced".

Los cráneos neanderthalenses habían aparecido, aun sin ser correctamente interpretados, en 1829 en la localidad belga de Engis y diecinueve años después en Gibraltar. Pero en 1856 Johann Carl Fuhlrott, en el valle de Neanderthal, en Renania-Westfalia, había entrado plenamente en materia con sus trabajos. El francés Louis Lartet encontró en 1868 los famosos cráneos dordoñeses en Cromañón. E interesa subrayar que el yacimiento de Aurignac, vinculado ya a la comprobación cronológica de la humanidad antediluviana, había logrado relevancia en un lugar que Costa conoció bien, pues lo frecuentó durante meses y procuró no perder ripio: la Exposición Universal de París de 1867.

Los que enumeraba en su libro el catedrático de Zaragoza seguían siendo los mismos grandes tópicos expuestos en los años de formación y primer ejercicio profesional de Costa. Ese espíritu de conformidad voluntaria implicaba una renuncia consciente a la crítica y al saber positivo en materias que lindaban con las creencias religiosas y era común a casi todo el quehacer historiográfico visible, en historia política, económica o literaria. Así, José Amador de los Ríos y Modesto Lafuente, en sus grandes y, por lo demás, admirables y útiles manuales, aceptaban el marco general más conservador para explicar las edades remotas de lo hispano,<sup>4</sup> y eso que lo hacían en tono menos integrista que otras obras muy difundidas. Lo anómalo era lo contrario.

Costa se había percatado plenamente de lo que subyacía a estas cuestiones, que ocasionalmente encendían los ánimos y elevaban la temperatura retórica en esos géneros tan predilectos de los españoles como eran las arengas y las homilías, ya religiosas, ya políticas, periodísticas o ateneísticas, sin olvidar las omnipresentes tertulias. En los medios académicos predominaba de forma perceptible una visión no solo deísta y cristiana, sino católica y eclesial, de en qué consistía el ser esencial y permanente de España.<sup>5</sup> En 1840, una generación antes, el sacerdote catalán Jaime Balmes había condensado la doctrina en una expresiva frase que resumía muy bien la corriente de pensamiento dominante:

La Religión Católica ha sido desde Recaredo la única de los españoles [...]. En la nación española [...], la revolución ha pasado por ella, pero el catolicismo vive aún, con sus principios fijos e invariables, con sus convicciones robustas, con sus altos pensamientos, con aquel language de seguridad que revela al hombre con toda certeza su origen y su destino, con aquel ademán majestuoso que le marca la línea de sus deberes.<sup>6</sup>

Las invectivas de Costa en materia historiográfica se dirigían a las concepciones más reaccionarias, pero sobre todo y antes que nada, más allá de la creencia religiosa, a quienes creaban o aceptaban las falsificaciones y supercherías, a veces dimitiendo vergonzantemente de sus obligaciones críticas.

---

4 Véanse, respectivamente, *Historia crítica de la literatura española* (Madrid, Imprenta de José Rodríguez, 1861-1865) e *Historia general de España desde los tiempos primitivos a nuestros días* (Madrid, s. n., 1850-1867; reed. en 24 vols., 1889-1890).

5 Sobre la concepción de España, véase Álvarez Junco, José, *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

6 Balmes, Jaime, *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, Barcelona, J. Tauló, 1840, pp. 149 y 188.

## UN TEXTO PROGRAMÁTICO

De entre los textos que escribió, el de mi predilección sobre este punto se encuentra en su opúsculo — así lo llamó— *La organización política, civil y religiosa de los celtíberos*. Según solía hacer, dada la escasa difusión de la mayoría de sus publicaciones (que casi siempre pagó de su bolsillo y que no le rentaban nunca), en 1870 incluyó esas páginas como introducción a la “Historia de la poesía popular española” en la *Revista de España*. Nótese que, solo tres años antes, Puente, en su manual *renovado*, aún andaba pegado indisolublemente al Génesis como fuente de saber histórico universitario.<sup>7</sup> Vale la pena reproducir este ataque suyo, temprano, frontal y sin reservas a los falsarios de la historia española, porque en sí mismo es un programa que apunta al núcleo de lo que debe ser denunciado (algo relativamente sencillo) y extirpado (tarea cercana a lo imposible, pero que Costa quería acometer). Es una cita extensa, justificada por la escasa difusión que tuvo el original, y con ella rindo homenaje a su autor:

Hubo un tiempo en que, sobre los orígenes de nuestra patria, no se abrigan dudas, porque la misma ansia de conocerlos hizo salir a la superficie ciclos y dinastías de pérfidos falsarios y pseudo-profetas, que, tomando el tiento a la pública credulidad, inventaron monarquías antediluvianas [sic], genealogías, santorales, episcopologios, cronicones, actas, cánones, concilios e historias municipales, y dieron el ser a infinidad de santos, dioses, obispos, escritores, soberanos, ciudades místicas, filosofías cristiano-coránicas llovidas del cielo, milagros y leyendas maravillosas dadas como historias ciertas a virtud de lo que se llamaba *píos dolos*, para satisfacer la pública curiosidad, o para quebrantar odios de raza, o servir de pase a atrevidos sincretismos religiosos, o lisonjear la vanidad nacional, o zanjar dudas sobre asuntos históricos tan debatidos como la venida de Santiago, o ganar a traición, con armas de mala ley, batallas de dogmas tan reñidos como el de la Inmaculada, o bien para entroncar las familias más linajudas con los fenicios y cartagineses, o dar por padres y fundadores de las ciudades más oscuras a Túbal, Hércules o Ulises. Desde el jesuita Román de la Higuera hasta el académico Huerta, pasando por Ocampo, Nobis (Lupián de Zapata) y Pellicer, todos cabeza de dinastía, y teniendo por auxiliares y secuaces a Tamayo, Garibay, Bivar, Argaiz, Luna, Viana y tantos otros, ni el respeto a la religión selló sus labios, ni el cielo se vio libre de sus criminales algaras, ni hubo empresa que les arredrase, ni problema a que no dieran cumplida solución, ni mala arte a que no apelasen para dar color de verdad a sus falsas imaginaciones, ni centro influyente donde no hallaran patrocinio, desde la Compañía hasta la Inquisición, y desde la Inquisición hasta la Academia. Principiaron por los pergaminos de la Torre Turpiana y los libros plúmbeos del Sacromonte, y acabaron por los veneros arqueológicos de la alcazaba de Granada, y hubo crónicas de Flavio Dextro, de Máximo, de Eutrando, de Hauberto, de Wabalonso [sic por Walabonso] Merio, de Laymundo, de Julián Pérez, de Pedro Cesaraugustano, de Yamon, de Mello, de Cecilio, con sus correspondientes traducciones e infolios de comentarios: toda una literatura forjada por aquellos invencioneros sin conciencia, y tan tiranos, que ni el derecho de defensa dejaban a la verdad, a menos que no tuviesen sus ministros el valor del sacrificio. En Fr. Anno de Viterbo, en Ocampo, en Garibay, en Lupián de Zapata, en Huerta, podían leerse los sucesos acaecidos en nuestra Península desde la creación del mundo hasta Jesucristo, las circunstancias de la venida de Noé, Osiris, Hércules, los Geriones, Túbal, Moisés, Homero, San Pedro, la Virgen, etc., las dinastías de reyes que imperaron en España antes de los romanos, sus expediciones, las sequías padecidas, los descubrimientos hechos, etc., registrado todo, año por año, con tan rica y segura cronología como no la poseemos de la Edad Media. Con ella se emparentaba

7 El texto entero de *La organización política, civil y religiosa de los celtíberos* fue, póstumamente, republicado por su hermano Tomás, como capítulo II, en *La religión de los celtíberos y su organización política y civil*, y en la segunda edición —Madrid, Biblioteca Costa (Biblioteca Costa. Biblioteca Económica, XII), 1917— ocupa las páginas 39-113.



la cronología irlandesa de O'Flaherty, en aquel novelesco tejido de ficciones históricas que intituló *Ogygia*. El libro de Huerta, calcado sobre el supuesto cronicón de Pedro Cesaraugustano, que en el siglo pasado fabricó Pellicer, se titula: *España primitiva: historia de sus reyes y monarcas, desde su población (Tharsis) hasta Cristo: 1738*.

Obrando la ley de la reacción, el siglo XIX lleva hasta el escepticismo y el miedo su prudencia, y se nos presenta confesando ignorar en absoluto, y tal vez condenando a perpetua oscuridad, los tiempos que preceden a la conquista romana.<sup>8</sup>

Acto seguido mostraba cómo las más insignes plumas de la historiografía nacional, a las que él mismo había recurrido para instruirse en la universidad, abdicaban de su deber de investigación según los métodos modernos. Para probarlo adujo citas precisas de Vicente de la Fuente y otros historiadores del cristianismo y la Iglesia en España,<sup>9</sup> de Colmeiro, Marichalar y Manrique, constitucionalistas conocidos;<sup>10</sup> de José Amador, caracterizado historiador de la literatura española;<sup>11</sup> y de Modesto Lafuente, el más notable de los historiadores generales del país.<sup>12</sup>

No todo le parecía sombrío y polvoriento, y se solazaba con la perspectiva de una renovación que empezaba a atisbarse gracias al esfuerzo de un puñado de expertos:

Semejante estado de completa desorientación no podía durar, y todo inclina a creer que estamos próximos a salir de él, si no a velas desplegadas, al menos a buen paso, gracias a los trabajos de Fernández Guerra, Hübnér, Fita, Tubino, Delgado, Zóbel, Rada, Saavedra, Berlanga, Villa-amil, Coello y algunos otros. Han principiado a soplar en nuestro país los vientos de la crítica moderna,

- 
- 8 Costa Martínez, Joaquín, *La organización política, civil y religiosa de los celtíberos*, ed. cit., pp. 39-41.
- 9 “Para el historiador de la Iglesia española [en nota: *Historia eclesiástica de España*, por V. de la Fuente, 1855, tomo 1, p. 41].— En parecido sentido, A. del Villar: ‘que la historia no nos ha conservado vestigio alguno de la religión de los celtas españoles’ (*Historia general de España*, 1863, tomo 1). Igual lenguaje habla Romey], ‘la religión primitiva de los españoles en los tiempos anteriores a las invasiones extranjeras, permanece envuelta en el misterio. Las escasas noticias que de aquella época nos restan la presentan de un modo hartamente honorífico para nuestra patria... Todo indica que por espacio de muchos siglos permanecieron puros e incorruptos los principios de religión natural y noachida [de Noach, Noé] que aportaron en España los tubalistas, sus primeros pobladores’” (*ibidem*, pp. 41-42).
- 10 “Para el historiador de las Constituciones políticas de la Península [en nota: *Curso de Derecho político según la historia de León y Castilla*, por M. Colmeiro, cap. 1. En igual sentido Marichalar y Manrique: ‘que es imposible dar noticias exactas y detalladas acerca de la legislación seguida en España durante los tiempos anteriores a la dominación romana’. *Historia del Derecho español, primera época*, cap. 1], ‘sería vano el empeño de disipar las nieblas que rodean la historia anterior a la invasión y conquista de los romanos para discutir sobre las leyes o costumbres por que debieron gobernarse los antiguos pobladores de España’” (*ibidem*, p. 42).
- 11 “Para el historiador de la Literatura nacional [en nota: *Historia crítica de la literatura española*, por J. Amador de los Ríos, primera parte, cap. 1], ‘sería tarea difícil y poco fecunda para estos estudios, la de empeñarse en largas investigaciones sobre las varias gentes que entraron en la Península ibérica antes de la dominación romana. ¿En qué regiones de la Península fijaron su morada? ¿Qué ciudades fundaron? ¿Qué religión, qué leyes, qué lenguas trajeron a nuestro suelo? ¿Qué influencia pudieron ejercer en su civilización futura? Cuestiones son estas cuya solución nos parece punto menos que imposible’; y consecuente con esta convicción, trae “los verdaderos orígenes de la Literatura española a fundación del Imperio”’ (*ibidem*, pp. 42-43).
- 12 “Al autor de la Historia general de España [D. Modesto Lafuente, parte 1, lib. 1.], ‘no le ha sido posible encontrar segura brújula y norte cierto por donde guiarse en las oscuras investigaciones acerca de los pobladores primitivos de nuestra nación, y antes bien ha tenido momentos de turbarse su imaginación cuando la ha engolfado en este laberinto de dudas sin salida razonable’; y concluye haciendo votos ardientes ‘porque haya quien halle datos más sólidos, luces más claras y salida más segura de este intrincado dédalo’” (*ibidem*, p. 43).

a quien la falta de códigos, poemas y rituales no impide reproducir en imagen la vida jurídica, literaria y religiosa de un periodo determinado, y que en punto a orígenes ha realizado verdaderas maravillas. Con razón dice el docto celtólogo y epigrafista que acabo de nombrar que “*es tiempo ya de penetrar con tesón y tino en la historia primitiva de España*”.<sup>13</sup>

Costa, en fin, apelaba a actuar, con los “escasos materiales con que la erudición inquieta y zahorí de nuestro siglo brinda al historiador” para iluminar la antigüedad, “vagos y poco consistentes”, sumando el conocimiento a la “intuición”, al “golpe de vista certero”, para recomponer analógicamente el pasado, en tarea similar a la del “paleontólogo, que por la estructura de un hueso infiere la del esqueleto entero”.<sup>14</sup>

## GLOSA DE LA INVECTIVA COSTIANA

### Los falsarios principales y sus falsificados

Hoy, al hilo de esta indignación del Costa historiador, diremos algo de los falsificadores a quienes denuncia *nominatim* (Higuera, Huerta, Ocampo, Nobis y Pellicer, *cabezas de dinastía*, servidos por Tamayo, Garibay, Bivar, Argáiz, Luna y Viana) y de las imposturas concretas que menciona como más representativas (el trío que forman los pergaminos de la Torre Turpiana, los escritos en plomo del Sacromonte y los hallazgos de la alcazaba de Granada, junto a las crónicas inventadas atribuidas a Dextro, Máximo, Eutrando, Hauberto, Walabonso, Laymundo, Julián Pérez, Pedro de Cesaraugusta, Yamon, Mello y Cecilio).

Esa parrafada de Costa y las referencias concretas a asuntos y autores que en ella encadena prueban que conocía sin duda una obra que, sorprendentemente, no cita, él, tan dado a las menciones de autoridad. No sé explicar por qué omite la de José Godoy Alcántara, autor de la *Historia crítica de los falsos cronicones*, editada por la Real Academia de la Historia en 1868, que, en mi sentir, marcó un hito en la historiografía española.<sup>15</sup>

En España pasaron por buenas invenciones que en otras partes fueron objeto de más pronto repudio. No era tanto cuestión de creencias como de rigor. Así, el mayor de todos estos falsificadores, el jesuita Román de la Higuera, no pudo embaucar ni a su sabio correligionario y coetáneo Juan de Mariana, que tachó sus descubrimientos de “fingidos” y “supuestos”, ni a los clérigos bolandistas, a quienes no se puede imputar irreverencia, sino especialización depurada en detectar imposturas hagiográficas y autores fuleros. Pero, a pesar de que los historiadores críticos no faltaron en España, se produjo el triunfo de las engañifas, arrollador a veces, y no

---

13 Costa Martínez, Joaquín, *La organización política, civil y religiosa de los celtíberos*, ed. cit., pp. 43-44. Alude a Fidel Fita, por quien sentía gran admiración, y a su trabajo recién publicado “Antiguas murallas de Barcelona”, *Revista Histórica* (Barcelona), enero de 1876.

14 *Ibidem*, pp. 44-45.

15 La trató debidamente, con su especial acuidad, Julio Caro Baroja en su inimitable *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*, Barcelona, Seix Barral, 1992.

exagero al decir que no una, sino muchas de esas invenciones fantasiosas funcionan en nuestros días como verdades respetables en muchos lugares de España.

Expondré brevemente quiénes son los principales personajes y las falsificaciones sobre los que nuestro hombre, enardecido, pasa como quien pisa ascuas. Porque, aunque él lo dé por sabido y no lo diga, su denuncia comprende un periodo larguísimo que abarca, por lo menos, desde la segunda mitad del siglo XVI hasta el último cuarto del XVIII, de modo que la contaminación que produjeron los falsarios y sus entusiastas en la historiografía fue grande, y mucho más en el devocionario popular.<sup>16</sup> La sentencia canónica contra los fraudes de Granada, que fueron los más coherentes y duraderos, no tuvo lugar hasta 1777, pero la condena, claramente expresada, no fue capaz de erradicar buena parte de las falsas creencias, sobre todo las relacionadas con los supuestos huesos martiriales.<sup>17</sup>

El primero y principal de todos fue el citado Jerónimo Román de la Higuera, “nefasto urdidor de cronicones diabólicos”, arrastrado, según atinadas expresiones de Ignacio de Olavide, a “inventar las mayores falsedades” y poseído de una “verdadera manía por aparecer en toda ocasión como una especie de providencia histórica que todo lo esclarecía”, preso de “enfermiza actividad, grafómano” y padre de “históricos engendros”.<sup>18</sup> En 1593 ya había publicado la primera entrega de una *Historia eclesiástica de España* hasta los tiempos del emperador Constantino con la que quiso sentar plaza de gran descubridor (de él se dirá luego un poco más).

Francisco Javier Manuel de la Huerta y Vega (Alcalá de Henares, 1697-1752), académico censor de la Real de la Historia entre 1747 y 1749, es, en calificación de Godoy, un “inventorero” que ni siquiera fue original, pues hizo su fama aprovechando borradores de otro falsario, el aragonés José Pellicer, de los que surgía inventado un antiquísimo Pedro, orador cesaraugustano y maestro de retórica (“*Petrus Caesaraugustae orator insignis docet*”).

Del zamorano Florián de Ocampo, que fue nada menos que cronista de Carlos I, cabe decir que amaba las fábulas y que, cuando las ajenas no le bastaban, creaba las propias. Al leer las invectivas de Costa es inevitable pensar en Gregorio Mayans, el ilustrado valenciano que, generoso en los elogios al mérito ajeno, motejó sin embargo a Ocampo directamente de “mentiroso”, de la misma forma que calificó la obra de De la Huerta de “fábula indecorosa”, aun a sabiendas de que se enemistaba así con personajes poderosos, tanto en la Academia como en el Santo Oficio. Tampoco la obra del mondragonés Esteban de Garibay resistía, en materia de antigüedades, una crítica mediana. Al bravo Mayans, según parece, no le impresionaba lo más mínimo que Ocampo y Garibay afirmasen sin reparos que Homero había estado en España.

---

16 Florián de Ocampo vivió entre 1510 y 1590; Esteban de Garibay, de 1533 a 1600; Jerónimo Román de la Higuera, de 1538 a 1611; el morisco Miguel de Luna, nacido hacia 1550, murió en 1619; Francisco de Bivar vivió de 1584 a 1634; Tamayo de Vargas, de 1589 a 1641; Antonio Nobis (Lupián de Zapata), murió en 1667, algo antes que su amigo y editor Gregorio Argáiz; Pellicer, entre 1602 y 1679; Francisco Javier Huerta, entre 1697 y 1752; y Juan de Flores, amigo y cómplice de Luis Francisco de Viana, llevó a cabo su último fraude en 1763.

17 Véase Barrios Aguilera, Manuel, “El castigo de la disidencia en las invenciones plúmbeas de Granada: Sacramonte versus Ignacio de las Casas”, *Al-Qantara*, 24/2 (2003), pp. 477-531.

18 Así lo dijo Ignacio de Olavide en “La Inquisición, la Compañía de Jesús y el P. Jerónimo Román de la Higuera”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 42 (1903), pp. 107-119. Los calificativos que reproducimos, en pp. 108-111.

Tipo muy notable fue Antonio de Nobis, más conocido como *Antonio de Lupián Zapata*, a quien se suele citar de esta segunda manera. Su actividad fue mucha y toda averiada, incluso cuando terció con un libro entero para advenir el supuesto pacto entre el rey y Guipúzcoa suscrito en 1200, de acuerdo con un hallazgo documental hecho en Santo Domingo de la Calzada y del que con posterioridad no se hallaron rastros. La falsificación no fue suya, pero sí la cumplida panoplia de argumentos para defender su contenido.

La mayor superchería de este clérigo consistió en inventar de arriba abajo un personaje abigarrado, un mozárabe sevillano, pero de origen germánico (contemporáneo de Carlomagno), llamado Hauberto. Fabricado por Nobis de la cruz a la raya, era un benedictino que ejerció legaciones de altos vuelos en el siglo IX por cuenta nada menos que de Alfonso III el Magno, el último gran rey astur y simiente de la dinastía leonesa. Hauberto, que trajo a dos hermanos suyos con él, pudo así recorrer toda la España que plugo al guionista, incluidas Navarra, Aragón y Cataluña, de forma que de todo vio y contó. En cuanto a las antigüedades más remotas, en expresión de Godoy, dio cuenta del “mes y día en que tuvo principio la creación, cuánto tiempo estuvieron en gracia nuestros primeros padres, cuántos hijos tuvieron, cómo murió Caín, en qué años nacieron y murieron los patriarcas, y en qué día se verificó la concepción inmaculada de la Virgen”.<sup>19</sup>

Como casi todos los de su especie, Nobis se benefició a sí mismo, tanto durante su vida en Castilla como más tarde en Ibiza, donde murió sirviendo a su catedral, no sin adjudicarse títulos que no poseía, pero que, para dotarse de autoridad oficial, falsificaba con la misma listeza que los cronicones. ¿Cómo no iba a proveerse de un título de cronista regio o de notario pontificio quien creaba la historia de España a su placer? Así ganaba fama y dinero en su quehacer de fabricación de genealogías a medida. Muchas de las cosas que hizo decir a Hauberto, si no todas, entraban nada inocentemente en terrenos que eran de actualidad en el siglo XVII español, entre ellas ciertas preeminencias conventuales o catedralicias (la de *Tarraco* sobre *Caesar Augusta*, por ejemplo, y la del Pilar sobre la Seo, en larga y acre disputa ambas por la catedralidad zaragozana hasta 1676) o las discusiones sobre los Fueros de Sobrarbe y el Justicia de Aragón. Bastantes de estas mentiras tenían que ver con asuntos aragoneses: el Ebro (y con él, Iberia) debía su nombre a un hijo de Túbal; Huesca (en disputa con Zaragoza a causa de las respectivas pretensiones universitarias) hallaba en Hauberto corroboraciones sertorianas de gran valor; los devotos aragoneses aprendían que la Virgen del Pilar había sido enérgica debedadora de los arrianos, o que la milagrosa campana de Velilla llevaba tañendo una asombrosa cantidad de siglos.

Claro que eso no era casi nada comparado con el hecho de que Homero fuera hijo de una hispana y de que sus sublimes creaciones hubieran sido escritas en tierras del Guadalquivir, de que la piel de toro guardase sepultas las cabezas de Moisés y del gran Pompeyo y de que los mártires hispanos tuvieran primacía incluso sobre los de Roma, por haber comenzado aquí las persecuciones veintiún años antes de que tuviese lugar la primera, el famoso episodio neroniano, con ocasión del incendio de la Urbe en el año 64. Como remate, regalaba al orgullo hispánico la condición española para dos papas (uno, Bonifacio IV, era benedictino, como

---

19 Godoy Alcántara, José, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1868, pp. 265 y ss.

Hauberto), sobre cuyo lugar de nacimiento debía, pues, dejarse de discutir. Todo se cimentaba en fuentes remotas, como los escritores Cecilio, Melo, Yamon, Máximo o Dextro, cuyas obras eran asimismo invención, si no propia, ajena.

Aun con estas enormidades, el texto del cronicón halló, finalmente, editor amigo en otro clérigo, Gregorio Argaiz, que lo dio a la luz en 1667 con alguna fortuna, si bien Nobis no pudo disfrutarlo por fallecer ese mismo año. Argaiz lo tradujo y comentó, añadiéndole oscuridad y retórica banal, en una especie de dialéctica al estilo de Juan Palomo, objetando y contraargumentándose, en la que, al fin, salía, como crítico, garante de la veracidad de la invención. Lo curioso es que, como advirtió Godoy, ya de joven lo habían echado del archivo de la catedral de Burgos.

Pero eso no bastó al embaucador. Así que luego fabricó a Walabonso, discípulo de Hauberto, para ampliar saberes a partir del año en que Hauberto dejaba su relato y colmar ciertas lagunas. El juicio de Godoy acertadamente apunta que los estilos y los léxicos de Hauberto y Walabonso se parecen tanto que son idénticos. La aportación mayor de este segundo benito falsificado es la actuación de san Millán en Santisteban de Gormaz (916) al modo en que Santiago había obrado en Clavijo (844).

Otro personaje a quien, por su desenvoltura, cabría llamar desaprensivo (su contemporáneo Tomás Tamayo de Vargas —no confundir con Tamayo de Salazar, que también falsificaba a menor escala— lo denominó “el hombrillo mentiroso”) fue el aragonés José Pellicer de Ossáu Salas y Tovar, zaragozano de 1602, respetado como cronista oficial a título múltiple (de Aragón y de Felipe IV) y, por eso mismo, más culpable que otros en tanto que falsificador. No es cuestión aquí de alabar sus méritos, que los tuvo, sino de mencionar su facilidad para las invenciones, a las que tan dada era la época, de forma que Godoy, poco amigo de las modas del Barroco, lo despachó despectivamente diciendo que “fue el siglo xvii hecho hombre”, por su curiosidad superficial y su ostentosa exhibición de erudiciones poco útiles. Incluso había confeccionado otro cronicón de Hauberto, tan falso como el de Nobis. Puesto a fabular, podía batir marcas: creó el llamado *Cronicón de don Servando*, escrito ni más ni menos que por el confesor del último rey godo, Rodrigo, y del primer rey reconquistador, Pelayo. Ahí era nada, disponer de los conocimientos de quien había penetrado en los lugares más recónditos del alma de tales monarcas. Esa era una empresa a medida de quien había inventado documentos carolingios y difundido engaños en los que cayeron historiadores confiados incluso fuera de España, o hecho venir a Aragón reliquias de san Pedro, por el sencillo procedimiento de crear de arriba abajo un testimonio de tal hecho. Ambicioso como era el aragonés, decidió comenzar como el Génesis, tratando la creación del mundo. Al igual que casi todos sus homólogos, no quiso perderse semejante ocasión. Por su prolífica e influyente desvergüenza lo distingue Costa, junto a unos pocos más, con el calificativo de *cabeza de dinastía*.

A Tamayo, el ofensor de Pellicer (que tuvo muchos más, no sin motivo), no es tan haccedero clasificarlo entre los embaucadores, cuando más parece que hubiera que hacerlo entre los crédulos. Fue cronista mayor de Castilla, empleo de gran relevancia (a veces olvidamos que los historiadores profesionales no son una creación académica del siglo xix) y manantial de autoridad oficial. José Godoy dice de él que era “hombre de mucha lectura: sin ser verdaderamente un sabio, había tocado a todo en sus estudios, desde la teología hasta la heráldica [...], podía discutir sin desventaja con los eruditos y tenía siempre algún detalle curioso que enseñar a los que no lo eran”.

Sabiendo tanto, tuvo, empero, por buenos los monstruos de De la Higuera, aunque halló en ellos elementos que le parecieron interpolados, añadidos por mano distinta de la del autor original, a quien estimó aceptable. Del mismo pie cojeó el cisterciense Bivar, que, como Garibay y Ocampo, parecía disfrutar nadando en las aguas de las fábulas extravagantes.

Costa también desprecia en su arremetida a los autores de las fantásticas y persistentes invenciones de Granada, sintetizados en el morisco cristiano Miguel de Luna y el canónigo Viana y Bustos, con quien se cierra el paréntesis de estas falsificaciones clásicas, ya que la última que en Granada llevó a cabo su colaborador Juan Flores (se cantaba “lo que de noche sueña Viana / lo encuentra Flores por la mañana”) ocurrió en 1763. Finalmente fueron detenidos los dos por denuncia de un cómplice, juzgados y condenados.<sup>20</sup> Pero el caso granadino, muy interesante por su duración de casi dos siglos y por sus variadas facetas e implicaciones, es toda una microespecialidad, y aquí no cabe sino hacer un resumen muy sucinto.

Los principales *descubrimientos* de Luna, rebuscados e ingeniosos, fueron, sobre todo, los llamados *pergaminos de la Torre Turpiana o Torre Vieja*, el alminar de la mezquita mayor de Granada, con ocasión de su derribo en 1588, y los *libros de plomo* del Sacromonte. Los primeros ofrecían una profecía de san Juan sobre el fin del mundo que había sido escondida en ese lugar por san Cecilio, un inventado discípulo árabe de Santiago el Mayor y primer obispo de Granada (esto es, de Ilíberis, Elvira). Cecilio cuenta un viaje suyo a Jerusalén, de donde trae, por ejemplo, el paño con el que María se había enjugado sus lágrimas sanguinolentas durante el drama del Calvario.

Los textos del *hallazgo*, en los que María elogiaba a los árabes y su lengua, estaban redactados en árabe, latín ¡y castellano! Los problemas de los moriscos granadinos explican estas invenciones, de intención aún discutida, pero que buscaban conciliar las tradiciones religiosas bíblica, evangélica y coránica para protección de los islamizantes o tenidos por tales, probando que en la segunda generación cristiana no faltaban los árabes, y árabes afincados en Granada con anterioridad al 711.

En 1595, siete años después de esta superchería, aparecieron, por idéntico impulso, los libros plúmbeos del Sacromonte, veintidós planchas de plomo, varias con noticias detalladas sobre los mártires muertos en ese lugar en los primeros años de Nerón y cinco de ellas como un rosario de redondeles ensartados, con dibujos extraños y caracteres *salomónicos*, que eran el *Liber fundamenti Ecclesiae, Salomonis characteribus scriptus*, escrito en una grafía peculiar por otro supuesto santo árabe cristiano, san Tesifón Ebnatar, asimismo discípulo de Santiago. Era un texto cuasiapostólico sobre lo que los primeros cristianos con autoridad pensaban sobre los atributos de Dios, resumidos en “la oración del apóstol Santiago”, muy coranizante, “No hay Dios sino Dios”. Había detalles sobre la liturgia de la misa y sobre la administración de la confesión, y, en fin, todo un evangelio completo. Según eso, se supo que José fabricaba cucharas en Nazaret, pero también se conocieron noticias fascinantes sobre el aspecto físico de María y de Jesús, ambos altos, de hermosos rostros redondos, piel trigüeña y cabello castaño.

---

20 Véase, por ejemplo, García-Arenal, Mercedes, y Fernando Rodríguez Mediano, “Médico, traductor, inventor: Miguel de Luna, cristiano arábigo de Granada”, *Chronica Nova*, 32 (2006), pp. 187-231.

Otro evangelio más, recibido directamente por María en lengua árabe y en metal precioso, fue copiado en plomo y entregado por ella a Santiago para que lo trajese a “una región del extremo Occidente que se llama España”, donde probará que los árabes, y no los judíos, son el instrumento de Dios para salvar el mundo en sus postrimerías.

En cuanto a los *hallazgos* dieciochescos de Viana y Flores, el tribunal eclesiástico que finalmente los juzgó, del que formaba parte el arzobispo granadino, decretó, por sentencia de 6 de marzo de 1777, su confiscación y la clausura física del ubérrimo *yacimiento*, esto último con cargo a los bolsillos de los condenados y “dexándolo impenetrable”. Se quemó en la plaza pública el lote, con todas las “antigüedades que tenían prueba de contrahechas”, incluidos “los huesos de los Mártires supositicios”.

El canónigo Viana veía en el Sacromonte luminarias nocturnas y albas procesiones celestes. En cuanto a su cómplice, dice Godoy<sup>21</sup> expresivamente que

había en Granada un don Juan de Fleurs o Flores, racionero de la catedral, coleccionista de antiguallas, hombre de escaso pundonor y no aventajado entendimiento, quien habiendo oído que un vecino del barrio de la Alcazaba, abriendo un sumidero en el patio de su casa, había sacado piedras con letras, compró la casa y las contiguas y comenzó a practicar excavaciones. Lo que de allí se fue extrayendo en cerca de diez años es indecible: aras con dedicatorias a dioses, genios y emperadores; inscripciones a hombres ilustres iliberitanos, o que revelaban prerrogativas de este municipio; estatuas, sepulcros, vasos de los sacrificios, lucernas, adornos femeniles, monedas, osamentas de mártires, cruces y un crucifijo, cálices, patenas, planchas de plomo sueltas o formando libros, como los encontrados en el Monte, y escritas con el alfabeto de las láminas martiriales, que contenían fragmentos de un concilio de los apóstoles, en que se estatuyó el dogma de la Inmaculada, la misa de la primitiva Iglesia, la vida del Redentor, escritos de Santiago y de sus discípulos, profecías, tablas de artículos y misterios de fe, cánones ignorados del concilio Iliberitano, las cartas encíclicas convocándole, y las de contestación de los obispos, y el episcopologio completo de Garnata, Iliberia o Ilípula durante los tres primeros siglos de la Iglesia: en estos escritos se hacen frecuentes referencias a los arábigos y reliquias del Sacromonte y torre Turpiana, de cuyos tesoros venían siendo custodios los obispos de aquella ciudad.<sup>22</sup>

## Los autores antiguos, resucitados

Hubo bastantes autores del primer milenio de la era inventados por falsificadores españoles, como Hauberto (el cual, a su vez, citaba a varios más, con lo que entraban en danza por ristras), Walabonso Merio, Laymundo, Pedro, el rétor cesaraugustano, actas martiriales, etcétera. Pero sin

21 Godoy Alcántara, José, *op. cit.*, pp. 317 y ss.

22 A los trabajos de Manuel Sotomayor, Gloria Mora y Joaquín Álvarez Barrientos, y José Manuel Roldán en los años ochenta sobre las invenciones de Granada, que fueron fabricándose a lo largo de siglo y medio, debe añadirse el libro colectivo Barrios Aguilera, Manuel, y Mercedes García-Arenal (eds.), *Los plomos del Sacromonte: invención y tesoro*, Valencia / Barcelona / Zaragoza, Universidad de Valencia / Universidad de Granada / Universidad de Zaragoza (Biblioteca de Estudios Moriscos, 1), 2006. Hay numerosas referencias a la incomparable serie de falsificaciones granadinas —los pergaminos de Torre Turpiana, el sello de Salomón, las reliquias del Sacromonte (añadidas a los textos en plomo, para garantizarlos como verídicos), los fingidos hallazgos de la Alcazaba, etcétera—. La obra fija también las tempranas (pero poco influyentes) reacciones de los sabios que no cayeron en los engaños, como Francisco Pérez Bayer y el padre Martín Sarmiento. También, Barrios Aguilera, Manuel, art. cit., pp. 477-531.

duda el campeón de las falsificaciones con éxito fue De la Higuera. Julio Caro valoró y describió su caso, claramente patológico (el jesuita llegó a presentar como auténtica una carta antigua literalmente *caída del cielo*), con acierto y precisión.<sup>23</sup> El elemento fundamental para dotar de credibilidad a sus crónicas antiguas falsas era muy sencillo: no inventaba al autor, sino sus textos. Otros inventaban ambas cosas; el jesuita, no: el autor traído a colación sí había existido, según fuentes inobjectables, pero su obra estaba perdida. De la Higuera era quien la encontraba en sitios de no tan sencilla verificación (por ejemplo, en lejanos monasterios germanos), y no una vez, ni dos. Como no le era fácil editarlos, circulaban los embustes en forma manuscrita. Eso los hacía susceptibles de nuevas manipulaciones de terceros e incluso de correcciones a cargo de su propio inventor, que remediaba así los reparos, expresados a veces con contundencia, de quienes detectaban el engaño. Es asombroso ver cómo hubo quien, aceptando la veracidad de los textos *descubiertos* por el padre Román, discutía la interpretación que este les había dado al traducirlos y comentarlos.

Los principales autores antiguos cuyas obras se escribieron por alguien tan moderno como el jesuita toledano fueron Flavio Dextro<sup>24</sup> (a quien llegó incluso a retocar el nombre de una vez para otra); Máximo, obispo cesaraugustano; Eutrando; y un clérigo mozárabe de Toledo, Julián Pérez, hombre al que su longevidad deparó la ocasión de convivir estrechamente con el Cid y con Alfonso VII.

Las noticias que aparecían en estas obras eran extraordinarias y, además, se encadenaban para componer panoramas vastísimos, llenos de luz nueva: cuando Dextro muere (lo que implica que ya no escribe más), Máximo le toma el relevo en esta corresponsalía minuciosa y sensacionalista.<sup>25</sup> Los huecos los rellena con una obra fingida de san Braulio,

---

23 Caro Baroja, Julio, "El P. Jerónimo Román de la Higuera", en *Las falsificaciones de la historia*, ed. cit., parte iv, pp. 161-187.

24 Las ediciones, en Sevilla y en Lyon, de los textos de Dextro de Barcelona y Máximo, Heleca y Braulio de Zaragoza son (la primera, con notas de Rodrigo Caro; la segunda, con glosas de Bivar) *Flavi[i] Luci[i] Dextri V. C. omnimodae historiae quae extant fragmenta. Cum chronico M. Maximi et Helecae ac S. Braulionis Caesaraugustanorum episcoporum*, Sevilla, M. Clavijo, 1627 [1626]; y *Fl. Luci [Dextri] Barcinonensis [...] chronicon omnimodae historiae [de historia universal], primum quidem eidem Hieronymo dicatum, sed eo ad superos translato, multis locis locupletatum, Paulo Orosio Tarraconensi iterum nuncupatum, nunc demum opera et studio Fr. Francisci Biuarij Mantuae-Carpetani, ex obseruantia S. Bernardi cisterciensis monachi [...] commentarijs apodicticis illustratum, quibus uniuersa ecclesiastica historia, a Christo nato, per annos 430 rerum tam ad Italiam, Galliam, Germaniam, aliasve orbis christiani prouincias spectantium, quam ad Hispaniam*, Lyon, Landry, 1627.

25 Godoy (*op. cit.*, p. 133) hace un resumen expresivo de las descabelladas fabulaciones de Higuera, que dan una justa idea de su descaro: "Santiago vendrá a España, recorrerá sus ciudades, erigirá muchos templos, entre ellos el del Pilar, pondrá obispos en Bracara, Cesaraugusta, Hispali, Cartagine Spartaria, Valentia, Tarracone, Toletu, Barcinone, Luco, Asturica, Palentia y Juliobriga; volverá a Jerusalén, desde donde escribirá a los judíos españoles la Epístola canónica; será degollado el 25 de Marzo, y su cuerpo trasladado por sus discípulos a Iria Flavia. Después vendrá san Pablo y luego san Pedro, que trae imágenes de la Virgen y pone obispo en Sexifirmo. Interesando a la multitud piadosa la suerte de los personajes evangélicos, Dextro le dará acerca de ellos nuevas noticias o confirmará las que ya corrían: los pastores de Belén fueron tres, y santos; la mujer de Pilato, que además de Prúcua, como en el falso evangelio de Nicodemus, se llama Claudia, se hace cristiana y recobra la salud; los centuriones de Cafarnaúm, del Calvario y de Cesarea eran españoles; la Verónica fue la mujer sanada del flujo; Simón Cirineo vino a España con sus hijos Alejandro y Rufo; este fue obispo de Dertosa, y aquel mártir en Cartagine Spartaria. Y con todo esto entretreje Higuera los tres soles que se vieron en España cuando el nacimiento del Redentor, la muerte de Herodías en el Segre, el viaje de la Virgen a Éfeso, la venida de Lázaro con su familia a Marsella, el martirio de los reyes magos, la primacía de la iglesia toledana y la creación de seminarios".



obispo de Zaragoza, o de Heleca, obispo de Huesca. Fue decisivo que muchas personas de respeto y de muy diversa significación, desde Rodrigo Caro hasta Francisco de Quevedo, tuvieran por bueno este gigantesco fingimiento, y con él la noticia de las cartas que habrían intercambiado san Pablo y Séneca, convertido al cristianismo. Porque las obras *encontradas* por De la Higuera probaban de forma completa y rotunda cuanto su inventor necesitaba tener por cierto acerca de cualquier asunto de la antigüedad, sobre lo remoto del cristianismo hispano, su carácter jacobeo y pilarista (Máximo, Braulio y Heleca formaban un *trío aragones* consistente), la receptividad de los judíos hispanos a la nueva fe, la primacía histórica y canónica de su Toledo natal (en la que sitúa una piedra traída de Oriente sobre la que María posaba los pies: un claro intento de emular el Pilar de Zaragoza), etcétera.<sup>26</sup> Probablemente llegó a tener por buenas sus propias mentiras y logró que muchos más las creyeran también. Algunas aún siguen en pie, y cuesta aceptar que así sea, como le ocurría a Costa hace siglo y cuarto, sobre todo cuando proceden de un sujeto de mente enfermiza que incluso raspó nombres de viejos pergaminos para cambiarlos por otros que le parecían más ajustados a su idea del pasado.

### Las ciudades místicas

Finalmente, aclararé a qué se refiere Costa con la expresión *ciudades místicas*, inserta en la frase que afirma cómo los falsarios “dieron el ser a infinidad de santos, dioses, obispos, escritores, soberanos, ciudades místicas, filosofías cristiano-coránicas llovidas del cielo, milagros y leyendas maravillosas dadas como historias ciertas”. No tengo duda de que alude en particular, como antonomástica de obras equiparables, a la de María Coronel y Arana (1602-1665), la famosa monja concepcionista de Ágreda (sor María Jesús), autora de una larga y peculiar obra hecha por ciencia infusa y revelación divina a partir de 1637. La monja, que fue muchos años consejera y corresponsal de Felipe IV y de otros importantes personajes de su tiempo, es objeto de mucha veneración, y entre otros prodigios que se le atribuyen está el de la bilocación, pues se encontraba al mismo tiempo en España y en América, en alguna de cuyas regiones se la llama *la Dama Azul*.

El contenido más llamativo de su texto, editado tras su muerte, en 1670, es una detallada biografía de María dictada por la propia madre de Jesús a la religiosa, tal y como se enuncia en el título de la obra: *Mística ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia. Historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, Reina y Señora nuestra, María santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia. Dictada y manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora a su esclava sor María de Jesús, abadesa indigna del convento de la Inmaculada Concepción de la villa de Ágreda, para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia católica y confianza de los mortales*.

---

26 Por si Santiago no bastaba como compañía a María en Zaragoza, De la Higuera hizo estar presente a Juan, el discípulo amado, consignando esto para el año 37: “Beata Virgo Jacobo preces fundenti, Caesaraugusta, in columna apparet, in spiritu veniente quoque Ioanne theologo” (Godoy Alcántara, José, *op. cit.*, p. 150).

Sin duda Costa sabía que, entre otras cosas, esta vasta obra contenía alusiones a España, y en particular la que forma el capítulo 17 del libro VII de la parte III, que la religiosa titula “Dispone Lucifer otra nueva persecución contra la Iglesia y María santísima, manifiéstasela a San Juan y por su orden determina ir a Éfeso, aparécesele su Hijo Santísimo y la manda venir a Zaragoza a visitar al apóstol Santiago y lo que sucedió en esta venida”. De este texto nace la asignación al 2 de enero de la llegada de María, en vida, a la capital aragonesa, así como una serie de precisiones detalladas. La gran fama que lograron los escritos de sor María (hay muchísimas ediciones de la obra, entera o abreviada, traducida a una cuarentena de idiomas) y, sobre todo, la difusión de sus contenidos entre la gente sencilla explican que Costa incluyese la obra, de esta forma indirecta y para enterados, en su dicterio. Probablemente influyera en la forma velada de esta alusión la implicación directa en la denuncia de una tradición tan asentada como la aragonesa de la Virgen del Pilar.<sup>27</sup>

### ADDENDUM BIBLIOGRÁFICO

Lo que sigue es una lista representativa de autores extraída de las citas que hace Costa en sus principales escritos sobre la antigüedad hispana. Da una idea de la variedad y la amplitud de sus lecturas y referencias. Hay algunos errores menores, de lengua o fecha, que he procurado corregir.

Arbois de Jouvainville, Henri d', famoso celtista, autor de *Introduction à l'étude de la littérature celtique* (1883), *L'épopée celtique d'Irlande* (1892), *Études sur le droit celtique* (1895), *Les principaux auteurs de l'antiquité à consulter sur l'histoire des Celtes* (1902), *Cours de littérature celtique* (colectivo, 12 vols., 1908).

Basset, René, en *Journal Asiatique*, 1883.

Berlioux, Étienne-Félix, *Les atlantes: histoire de l'Atlantis et de l'Atlas primitif*, París, Ernest Leroux, 1883.

Betham, William, *The Gael and Cynbri; or an Inquiry into the Origin and History of the Irish Scoti, Britons, and Gauls, and of the Caledonians, Picts, Welsh, Cornish, and Bretons*, 8 vols., Dublín, William Curry, 1834.

Bohlen, Peter von, *Das alte Indien, mit besonderer Rücksicht auf Aegypten*, Königsberg, Gebrüder Bornträger, 1830 (citado por Pictet).

Borges de Figueiredo, Antonio Cardoso, en *Revista Archeologica* (Lisboa), 1889.

---

27 El texto concreto sobre la fecha, que antes no consta en las tradiciones pilaristas, es así (*Mística ciudad...*, III, VII, 17, 358): “Sucedió este milagroso aparecimiento de María santísima en Zaragoza, entrando el año del nacimiento de su Hijo nuestro Salvador de cuarenta, la segunda noche de dos de enero. Y desde la salida de Jerusalén a la predicación habían pasado cuatro años, cuatro meses y diez días, porque salió el santo apóstol año de treinta y cinco, como arriba dije, a veinte de agosto; y después del aparecimiento gastó en edificar el templo, en volver a Jerusalén y predicar, un año, dos meses y veinte y tres días; murió a los veinte y cinco de marzo del año cuarenta y uno. La gran Reina de los ángeles, cuando se le apareció en Zaragoza, tenía de edad cincuenta y cuatro años, tres meses y veinte y cuatro días; y luego que volvió a Jerusalén partió a Éfeso, como diré en el libro y capítulo siguiente; al cuarto día se partió. De manera que se le dedicó este templo muchos años antes de su glorioso tránsito, como se entenderá cuando al fin de esta Historia de la gran Señora declare su edad y el año en que murió, que desde este aparecimiento pasaron más de los que de ordinario se dice. Y en todos estos años ya en España era venerada con culto público y tenía templos, porque a imitación de Zaragoza se le edificaron luego otros, donde se le levantaron aras con solemne veneración”.

- Botella y de Hornos, Federico de, *Descripción geológica-minera de las provincias de Murcia y Albacete*, Madrid, Imprenta Nacional del Colegio de Sordomudos y de Ciegos, 1868. Se trataba de una publicación auspiciada por el Ministerio de Fomento. El autor, ingeniero de minas, era miembro de la Société Géologique de France.
- Boudard, Pierre-André, *Essai sur la numismatique ibérienne précédé de recherches sur l'alphabet et la langue des ibères*, París, A. Leleux, 1859.
- Bouillet, Jean-Baptiste, *Description historique et scientifique de la Haute-Auvergne (département du Cantal): suivie d'un tableau alphabétique des roches et minéraux du même département, avec l'indication de leurs gisements et accompagnée d'un atlas de 35 planches gravées ou lithographiées*, París, J.-B. Baillière, 1834.
- Braga, Teófilo, *Poesia do direito*, Oporto, Viuva Moré, 1865.
- Broussais, Émile, "Recherches sur les transformations du berbère", *Bulletin de Correspondance Africaine* (París), 1 (1883).
- Cartailhac, Émile, *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, París, C. H. Reinwald Librarie, 1886.
- Catálogo del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, Fortanet, 1883.
- Cavanilles, Antonio José, *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reino de Valencia*, Madrid, Imprenta Real, 1795-1797.
- Cénac-Moncaut, Justin, *Histoire des Pyrénées et des rapports internationaux de la France avec l'Espagne*, 5 vols., París, Amyot, 1853-1855.
- Colmeiro, Manuel, *Curso de derecho político*, Madrid, Imprenta de F. Martínez García, 1873.
- Curtius, Ernst (no confundir con Ernst Robert Curtius, su nieto), excavador de Olimpia, *Griechische Geschichte*, Berlín, Weidmann, 1858-1867 (trad. como *Histoire grecque*, 6 vols., París, E. Leroux, 1880-1883).
- Chabas, François, *Étude sur l'antiquité historique d'après les sources égyptiennes et les monuments réputés préhistoriques*, París, Maisonneuve, 1872. Entre 1876 y 1880 Chabas fue editor de la revista *L'Égyptologie*.
- Dahn, Julius Sophus Felix, *Urgeschichte der germanischen and romanischen Volker*, 4 vols., Berlín, G. Grote, 1881-1890. Cita la obra en español (1881).
- Daremberg, Charles, y Edmond Saglio, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments*, París, Hachette, 1877-1919.
- Davies, Edward, *Celtic Researches on the Origin, Traditions and Language of the Ancient Britons with Some Introductory Sketches on Primitive Society*, Londres, editado por el autor y vendido por J. Booth, 1804.
- Delgado, Antonio, *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, 3 vols., Sevilla, Antonio Izquierdo García, 1871, 1873 y 1876.
- Detlefsen, Detlef Friedrich (citado a través de Marquardt). Costa incurre en pequeños errores de alemán. *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Real Academia Española, 1884, 12.ª ed. (la 13.ª ed. es de 1899).
- Dozy, Reinhart Pieter Anne, *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les almoravides, 711-1110*, 4 vols., Leiden, Brill, 1861.
- y Willem H. Engelmann, *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*, Leiden, Brill, 1869.
- Duveyrier, Henri, *Exploration du Sahara: les touareg du Nord*, París, Challamel Ainé, 1864. Cita otro trabajo en el *Bulletin de la Société de Géographie* (París), de 1885, sobre poblaciones del Atlas. Era un saintsimoniano utópico.
- Ebers, Georg (el epónimo del famoso papiro Ebers), *Papyrus Ebers: Das hermetische Buch über die Arzneimittel der alten Ägypter in hieratischer Schrift*, Leipzig, Engelmann, 1875.

- Engelmann, Willem H.: véase Dozy, Reinhart Pieter Anne.
- Erasmus, Desiderius, *Adagiorum chiliades quattuor*, 1508, numerosas ediciones.
- Eys, Willem Jan van, *Dictionnaire basque-français*, París, Maisonneuve, 1873.
- Faidherbe, Louis-Léon-César, *Le Zénaga des tribus sénégalaises: contribution à l'étude de la langue berbère*, París, E. Leroux, 1877 (zenaga > Senegal).
- Fergusson, James, *Rude Stone Monuments in All Countries: Theirs Ages and Uses*, Londres, John Murray, 1872.
- Fernández Guerra, Aureliano, uno de los padres de la prehistoria española, respetado por Costa.
- Fita, Fidel, máxima autoridad en epigrafía y mentor de Costa. Cita trabajos suyos de 1866, 1877, 1885 y 1889 (*Boletín de la Real Academia de Historia*).
- Forcellini, Egidio († 1768), autor italiano de un ingente léxico latino.
- Freund, Wilhelm, y Jean-François Napoléon Theil, *Grand dictionnaire de la langue latine: sur un nouveau plan*, París, F. Didot, 1855-1865. Basado en el original de Freund, *Wörterbuch der lateinischen Sprache*, 4 vols., Leipzig, Hahn, 1834-1845.
- Fustel de Coulanges, Numa Denis, *La cité antique*, París, Hachette, 1864.
- Góngora y Martínez, Manuel de, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, Madrid, C. Moro, 1868.
- Hanoteau, Adolphe, y Aristide Letourneux, *La Kabylie et les coutumes kabyles*, 3 vols., París, Imprimerie Nationale, 1872-1873, vol. 3, p. LIV.
- Hinojosa, Eduardo de, *Historia general del derecho español*, t. 1, Madrid, Tipografía de los Huérfanos, 1887.
- Hübner, Emil, en la revista *Ephemeris Epigraphica*, 1877, y en el *Corpus inscriptionum latinarum*, pilotado por Theodor Mommsen, vol. II, correspondiente a Hispania.
- Huschke, Ph. Eduard, *Jurisprudentiae antejustinianae quae supersunt* (incluido Ulpiano), 4.ª ed., Leipzig, Teubner, 1879.
- Janer, Florencio, “Máscara teatral de los indios del Perú”, *Museo Español de Antigüedades* (Madrid), 1 (1872), pp. 101-108.
- Jiménez de la Espada, Marcos, en *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*.
- Larramendi, Manuel, *Diccionario trilingüe del castellano, bascuence y latín*, San Sebastián, Bartholomé Riesgo y Montero, 1745.
- Lemaire, Nicolas Eligius, editor de Livio, París, 1824. A través de él cita Costa a un tal Druk que no he identificado (posiblemente lexicólogo) y a Ezekiel Spanhem, un ilustrado, autor de *Orbis romanus*, Londres, 1703.
- Lenormant, François († 1883) (asiriólogo y semitólogo), “Tarschisch”, *Revue des Questions Historiques*, 32 (1882), pp. 5-40.
- Lenz, Oskar, *Timbuku*, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1884 (ed. francesa, París, Hachette, 1886).
- Link, Heinrich Friedrich, *Die Urwelt und das Altertum, erläutert durch die Naturkunde*, Berlín, 1820-1822 (2.ª ed., 1834).
- Madoz, Pascual, el entonces moderno *Diccionario geográfico-estadístico-histórico* en 16 vols.
- Madwig, Johan Nicolai, estudioso del griego y del derecho romano. Lo cita por gentileza de Hinojosa, que le señala y le traduce la cita en *Die verfassung und verwaltung des Römischen Staates*, II, Leipzig, Teubner, 1882, pp. LXXIX-LXXXI.
- Mariana, Juan de, “III. De spectaculis”, en *Tractatus septem*, Colonia, Hierati, 1609.
- Mariátegui, Eduardo de, “Antigüedades de España: toros de Guisando”, *El Arte en España*, 4 (1866), pp. 44-48.

- Marichalar, Amalio, *Historia de la legislación y recitaciones del derecho civil de España*, 9 vols., Madrid, Imprenta Nacional, 1861-1872.
- Marquardt, Joachim, y Theodor Mommsen, *Handbuch der römischen Alterthümer*, 1876-1887 (trad. al francés, 1889).
- Martínez Murguía, Manuel A., *Historia de Galicia*, t. 1, Lugo, Soto Freire, 1865 (son 5 tomos, acabados en 1911).
- Masdeu, Juan F. Cita su extensa *Historia crítica de España y de la cultura española*, 20 vols., Madrid, A. de Sancha, 1783-1805.
- Meyer, Eduard, *Historia del antiguo Egipto*, Barcelona, Montaner y Simón, 1889. “Los Pueblos del Mar”, vol. II, parte I, cap. XII, de la ed. original alemana. No entra apenas en detalles sobre ellos.
- Meyer, Rudolf, y Gabriel Ardant, *La question agraire: étude sur l'histoire politique de la petite propriété*, París, Morot Frères et Chuit, 1887 (a través de reseña de Sumner Maine).
- Michel, Francisque (mal citado como Michél; también hay error en el título: *Les basques...*), *Le pays basque: sa population, sa langue, ses mœurs, sa littérature et sa musique*, París, Didot, 1857.
- Mispoulet, Jean Baptiste, *Les institutions politiques des Romains*, t. 2, París, G. Pedone-Lauriel, 1882-1883. Cita muchísimo a Marquardt y a Mommsen (cientos de veces, literalmente).
- Mitjana y Ardison, Rafael, *Memoria sobre el templo druida hallado en las cercanías de la ciudad de Antequera, provincia de Málaga*, Málaga, Imprenta de José Martínez de Aguilar, 1847.
- Mommsen, Theodor, *Römische Geschichte*, 3 vols., Berlín, Weidman, 1854-1856.  
— *Histoire romaine*, 11 vols., París, 1863-1889.  
— *Historia de Roma*, traducción de Alejo García Moreno, 9 vols., Madrid, Francisco Góngora, 1876-1877.
- Movers, Franz Karl, *Das phönizische altertum: geschichte der Kolonien*, vol. 2.2 de *Die Phönizier*, Bonn, Weber, 1841-1856 (citado a través de D’Arbois).
- Newman, Francis William, *Libyan Vocabulary: An Essay towards Reproducing the Ancient Numidian Language, out of Four Modern Tongues*, Londres, Trubner and Co., 1882.
- Ortiz de Zúñiga, Diego, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de la Andalucía, que contienen sus más principales memorias desde el año de 1246, en que emprendió conquistarla del poder de los moros el gloriosísimo rey S. Fernando III de Castilla y León, hasta el de 1671 en que la católica Iglesia le concedió el culto y título de bienaventurado*, t. IV, Madrid, Imprenta Real, 1796, p. 432.
- Pella y Forgas, José, *Historia del Ampurdán: estudio de la civilización en las comarcas del noreste de Cataluña*, 1 t. en 8 vols., Barcelona, Imprenta de L. Tasso i Serra, 1881-1890. Criticado tres veces en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* por Francisco Coello de Portugal y Quesada, el gran cartógrafo. Liga el Ampurdán con el sánscrito y con leyendas indias y persas. Toponimia especulativa y forzada.
- Pereira, G., en la *Revista Archeologica* (Lisboa), 1889.
- Perrot, Georges, “La civilisation mycénienne” (probablemente a través de una reseña), *Revue des Deux Mondes*, 1893, pp. 897-900. Perrot dirigía la École Normale Supérieure y era académico de la de Inscriptions et Belles Lettres.  
— et Charles Chipiez, *Histoire de l’art dans l’antiquité*, 10 vols., París, Hachette, 1882-1914.
- Pictet, Adolphe, ginebrino, autor de *Les origines indo-européennes, ou les aryas primitifs: essai de paléontologie linguistique*, París, J. Chebouliez, 1859-1863. Costa maneja la 2.<sup>a</sup> ed. en 3 vols., París, 1878.
- Pujol y Camps, Celestino, “Monedas ibéricas” (a propósito de Lutia), *Boletín de la Real Academia de Historia*, t. 5 (1884), pp. 22-31 (Lutia, en p. 26).
- Rada y Delgado, Juan de Dios de la, *Antigüedades del Cerro de los Santos, en término de Montealegre*, Madrid, Fortanet, 1875.

- Ramis y Ramis, Juan, *Antigüedades célticas de la isla de Menorca desde los tiempos más remotos hasta el siglo iv de la era cristiana*, Mahón, Imprenta de Pedro Antonio Serra, 1818.
- Reclus, Elisée, *L'Afrique septentrionale. 2<sup>e</sup> ptie.*, vol. XI de *Nouvelle géographie universelle: la terre et les hommes*, 19 vols., París, Hachette, 1886, p. LIV. La obra completa se publicó entre 1875 y 1894.
- Revista Archeologica* (Lisboa), 1889.
- Revue Celtique*, 1875.
- Rodríguez de Berlanga, Manuel: véase Rodríguez Oliva, Pedro, “Manuel Rodríguez de Berlanga (1825-1909): notas sobre la vida y la obra de un estudioso andaluz del mundo clásico”, en Ricardo Olmos y Javier Arce (coords.), *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX): Congreso Internacional (Madrid, 1988)*, Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, 1991, pp. 99-106.
- Roesinger, Eduard Eugen, *De veteris Hispaniae rebus quibusdam geographicis*, Świdnica, Thieme, 1864.
- Rougé, vicomte Emmanuel de, “Extraits d’un mémoire sur les attaques dirigées contre l’Égypte par les peuples de la Méditerranée, vers le XIV<sup>e</sup> siècle avant notre ère”, *Revue Archéologique*, 1867, pp. 35-45 y 81-103.
- Saavedra, Eduardo (1829-1912), diversos estudios.
- Saralegui y Medina, Leandro de (intendente de Marina, celtólogo aficionado), *Estudios sobre la época céltica de Galicia*, Ferrol, Imprenta y Librería de R. Pita, 1868.
- Sarmento, Francisco Martins, *Os argonautas: subsídios para a antiga história do Occidente*, Oporto, Typographia de A. J. da Silva Texeira, 1887.
- Schweighauser, Johann (hijo de Johann Gottfried). No cita obra, pero será su completísimo *Polibius* (Leipzig, Weidman, 1789-1795).
- Siret, Henri y Louis, *Les premiers âges du métal dans le sud-est de l’Espagne*, Amberes, s. n., 1887.
- Spanhem, Ezekiel (y Drug) (citados parece que de segunda mano, por ejemplo a través del *Thucydides* de Ernst Friedrich Poppo, Leipzig, Fleischer, 1835).
- Sumner Maine, Henry James, británico, reseñista de Meyer y Ardant (véase). Escribió *Lectures on the Early History of Institutions*, 1875. Interesado en lazos de consanguinidad y de territorio. Costa lo maneja en francés: p. LIII de *Études sur l’histoire des institutions primitives*, París, E. Thorin, 1880.
- *Ancient Law: Its Connection with the Early History of Society, and its Relation to Modern Ideas*, Londres, s. n., 1861.
- Tissot, Charles Joseph, *Recherches sur la géographie comparée de la Maurétanie tingitane*, París, Imprimerie Nationale, 1857.
- Tubino, Francisco María, “Los monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal”, *Museo Español de Antigüedades* (Madrid), VII (1876), pp. 303-364.
- Ulloa, Antonio de, y Jorge Juan, *Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile. Gobierno y régimen particular de los pueblos de indios. Cruel opresión y extorsión de sus corregidores y curas: abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misioneros. Causas de su origen y motivos de su continuación por espacio de tres siglos* (1747), Londres, Imprenta de R. Taylor, 1826.
- Vilanova y Piera, Juan, primer catedrático de Geología y Paleontología de la Universidad de Madrid y pionero de la prehistoria española. La cita puede referirse a *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, Madrid, Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1872, o, más probablemente, a “Lo prehistórico en España”, *Anuario de la Sociedad Española de Historia Natural* (Madrid), I (1872), pp. 187-229.
- Villaamil y Castro, José, “Armas, utensilios y adornos de bronce recogidos en Galicia”, *Museo Español de Antigüedades* (Madrid), IV (1875), pp. 59-71.

- Vinson, Julien, *Les basques et le Pays Basque: mœurs, langage et histoire*, París, L. Cerf, 1882 (*librito* lo llama Urquijo). En esa obra el autor llama al vascuence *escuara*, mejor que *euscara* (usa ambas formas).
- Voigt, Moritz, y Konrad Seeliger, *Das jus naturale: aequum et bonum, und jus gentium der Römer*, 4 vols., Leipzig, Voigt & Günther, 1856-1876. Gran recopilación de fuentes. Parece que lo maneja mediante Mispoulet.
- Weissenborn, Wilhelm, y Moritz Müller, editores de *Ab urbe condita* de Tito Livio en 10 vols. (reed. del 4.º vol., 1877). El mejor de entonces.
- Zóbel de Zangróniz, Jacobo, *Estudio histórico de la moneda antigua española desde su origen hasta el Imperio romano*, Madrid, Zaragoza y Jaime, 1878-1880. En *Memorial Numismático Español* (Madrid), iv (1877-1879), las partes i-iii; y en el v (1880), las restantes. (Transcribo Zóbel, con tilde, pues así lo escribe ahora su familia).